

Josefina Muriel

*Hospitales de la Nueva España.
Tomo II. Fundaciones de los siglos
XVII y XVIII*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Cruz Roja Mexicana

1991

444 p.

(Serie Historia Novohispana, 15)

Cuadros, ilustraciones, mapas

ISBN Obra completa 968-36-1468-X

ISBN Tomo II 968-36-1469-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de febrero de 2015

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hospitales/hne_t2.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

CAPÍTULO VI

LAS BETLEMITAS EN LAS FUNDACIONES HOSPITALARIAS DEL SIGLO XVII

HOSPITAL REAL DE NUESTRA SEÑORA DE BELEM
Y SAN FRANCISCO XAVIER
México, D. F.

Fue fray Payo Enríquez de Rivera uno de los grandes arzobispos hospitaleros que tuvo México. Ya desde su gestión en la diócesis de Guatemala había dado muestras de ello, allá había promovido la fundación del hospital de San Pedro para sacerdotes enfermos y pobres, y había apoyado la obra hospitalaria de José de Betancourt.

Muerto éste, él había intervenido en dar forma definitiva a la hermandad betlemítica. Él había aprobado las primeras constituciones que la pusieron en camino de hacerse orden religiosa, y finalmente él mismo había diseñado el hábito de los hermanos.¹

Si en sus brazos, podemos decir, estuvo la orden cuando era obispo de Guatemala, fue natural que al ser trasladado al arzobispado de México una de sus primeras obras, fue traer a los hermanos betlemitas para fundar un hospital de convalecientes en la ciudad de México.

Para realizar su proyecto contó con la ayuda de los jesuitas y especialmente, de esa tercera orden de la Compañía, que son las Congregaciones Marianas.

El presbítero bachiller Cristóbal Vidal que había sido miembro distinguido de la famosa Congregación de la Purísima, proyectó y fundó otra bajo el título del santo de moda en aquel tiempo, San Francisco Xavier. La Congregación de San Xavier como se la llamaba se estableció en la iglesia de la Santa Veracruz. Agrupó primero sacerdotes, después seglares distinguidos, hombres solamente, al principio, y luego, familias enteras,

¹ Sosa, *El episcopado mexicano, op. cit.*, p. 205.

como lo fue la del virrey, duque de Albuquerque. La congregación teniendo como ejemplo al apóstol del oriente, se dedicaba a numerosas obras sociales, especialmente cuando estuvo dirigida por el venerable padre Diego de San Vitores, S.J., que más tarde fue mártir de la fe en las Islas Marianas. Proveer a los misioneros de lo necesario para sus empresas, visitar cárceles y hospitales eran las obras fundamentales de la congregación.²

De todo esto, resultó que los congregantes de San Xavier estuviesen dispuestos a cooperar en las obras hospitalarias a que se les llamara. Tenía la congregación unas casas, que una señora había legado para recogimiento de viudas y que los padres Cristóbal Vidal y Luis de San Vitores habían acondicionado para tal fin, pero que no se había puesto en uso, porque el rey se negaba a conceder la licencia, mientras no estuviese asegurada la renta.

Entre tanto era 1673 y los betlemitas habían llegado ya a la ciudad, hospedándose en el hospital del Amor de Dios (que pertenecía al arzobispado). Fray Payo Enríquez de Rivera viendo que los hermanos tenían necesidad de un local y que la Congregación de San Xavier tenía uno sin uso, se los pidió. Aceptó de inmediato el conde de Santiago quien realizó una labor de convencimiento entre los congregantes, que terminaron por aceptar, a condición de que cada año se celebrase en la iglesia betlemita la fiesta de San Francisco Xavier³ y que el hospital se titulase Nuestra Señora de Belem y San Francisco Xavier. El arzobispo dotó y dio de diez a doce camas, el conde de Santiago y otras personas siguieron su ejemplo. Así el 9 de marzo de 1675, fray Payo entregaba el edificio a los betlemitas y el 31 del mismo mes y año se inauguraba el hospital con sus tres salas.⁴

Aunque la fecha en que se inauguró el hospital varía en algunos escritores, ésta de 1675 es la más segura, pues además de aceptarla los más importantes historiadores, es la consignada en la *Crónica Mexicana Betlemitica* como la fecha de fundación de la casa de México. Parece que el edificio se fue perfeccionando, pues en 1676 el hospital tenía claustro alto y bajo, y los muros se hallaban "cubiertos de buenas pinturas". Ya concluido el hospital se inició la obra de la iglesia. Para ella contaron los hermanos con la donación del capitán Manuel Gómez, quien habiendo sido en vida gran benefactor del hospital, dispuso que a su muerte, de su caudal se hiciese el templo. Se encargó de cumplir la orden su albacea don Pedro Moral de Lope.

² Decorme, *La obra de los jesuitas*, op. cit., t. 1, p. 322-324.

³ Vetancourt, *Teatro mexicano*, op. cit., p. 37-38.

⁴ Marroquí, op. cit., t. 1, p. 569.



Portada del hospital de San Juan de Dios, Pátzcuaro, Mich. La doble cruz lo acredita filial del Archihospital del Santo Espíritu de Roma.



8. Retrato grabado del fundador de los betlemitas.

El edificio del hospital y su iglesia

Parece ser que el 2 de junio de 1681 se había puesto ya la primera piedra, esto es, antes de la muerte del capitán. Posiblemente el ver que la obra no avanzaba, pues en tres años no se habían hecho más que los cimientos, fue lo que movió el ánimo del capitán para levantar el templo a su costa. Así fue que muerto el donador en 1684, el 13 de noviembre de ese año se terminaban los cimientos, se tiraban cordeles para el alineamiento que de largo y ancho debía tener la iglesia, y tres años más tarde o sea el 29 de septiembre de 1687, fiesta de San Miguel Arcángel, se inauguraba. El costo del edificio había sido de 36,000.00 pesos.⁵

Los betlemitas consiguieron para su iglesia imágenes y grandes privilegios, y así, su templo se convirtió en un gran centro religioso, que gozaba de la preferencia de la sociedad novohispana. A la larga el edificio del hospital resultó inadecuado por pequeño, pues sólo tenía diecinueve camas y fue necesario ampliarlo. Los frailes comenzaron por comprar los predios adyacentes, luego llamaron al maestro de arquitectura Lorenzo Rodríguez para que proyectase el edificio y dirigiese la obra.* Sabemos que en 1760 ya tenía concluido el lienzo de la calle de Vergara o sea el de la actual calle de Bolívar, entre Tacuba y lo que hoy es Cinco de Mayo. La otra ala del edificio daba a la calle de San Andrés. La construcción era de primera, toda de tezontle y cantera. En la parte baja al frente había accesorias de "taza y plato" cuyas rentas servían al sostenimiento del hospital, por dentro también, en la parte baja, estaba la portería y la escuela de leer y escribir que andando el tiempo llegó a ser famosa por sus crueles métodos, "la letra con sangre entra". También en esa parte baja estaban las oficinas de los servicios del hospital.

En la parte alta, lo nuevamente construido, era propiamente el convento. Hacia la parte del callejón se conservó la vieja construcción, que en la planta alta siguió teniendo las enfermerías. Había varios patios, en el principal se hizo un jardín y en el claustro bajo que lo circundaba se colocó un Vía Crucis que se hizo famoso por ir a rezarlo las más distinguidas familias del virreinato.⁶ Este sólido edificio existe aún en nuestros

⁵ *Crónica Mexicana de los Religiosos Hospitalarios Betlemitas*, escritas por un Hermano del Instituto por los años de 1688 y 1689 (fragmento), publicada por Edmundo O'Gorman en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1941. t. xii, núm. 1.

⁶ La confirmación de que el hospital del xviii fue obra de este notable arquitecto, podrá verse en el artículo de María Josefa González Mariscal, "La remodelación del Hospital Real de Nuestra Señora de Belem" próximo a publicarse.

⁷ Marroquí, *op. cit.*

días como una de las joyas de nuestra arquitectura colonial. El cronista de la ciudad, José María Marroqui, dice que la iglesia de 1687 es la actual. Parece ser que el templo se rehizo también, pues Sosa en su *Episcopado Mexicano* nos dice que en 1753 se comenzaron los trabajos de un nuevo templo de los betlemitas⁷ que en todo caso sería el actual.

Los betlemitas que llegaron a México en 1673 eran fray Francisco del Rosario, en calidad de prelado, y fray Gabriel de Santa Cruz. Hay otros dos cuyos nombres se discuten: fray Francisco de la Miseria, y fray Juan Gilbó, citados por Marroqui y fray Francisco de San Miguel, citado por Vetancourt.

Cuando los betlemitas llegaron, no tenían aún todas las aprobaciones pontificias necesarias para convertirse en orden religiosa, eran sólo la congregación betlemítica.

El 26 de marzo de 1687, Su Santidad Inocencio XI elevó la congregación a la calidad de religión, bajo la regla de San Agustín. En junio del mismo año el Papa concedía a fray Rodrigo de la Cruz (que había sucedido al fundador) el cargo de prefecto general de la orden por un sexenio. Esto no gustó a los demás betlemitas, que movieron pleito en el Consejo de Indias, consiguiendo que no se diese pase a los Breves del Sumo Pontífice.

En 17 de marzo de 1696 se dio el regío pase bajo las siguientes condiciones: el rey sería el patrono de todos los hospitales de la orden, a él debían darle cuenta de las limosnas recibidas. Los hermanos tenían la prohibición de poseer bienes raíces, y rentas, comprometiéndose la corona a que en caso de faltar las limosnas, la Real Hacienda supliría lo necesario al sostenimiento de los hospitales. El rey tenía además el derecho de nombrar médicos, cirujanos, boticarios y aun capellanes, pues los betlemitas en esa época sólo eran legos, no había sacerdotes entre ellos.

Las concesiones que el rey exigió para sí, fueron un obstáculo para el buen funcionamiento de los hospitales, pues los puestos se dieron no por eficiencia en la medicina, sino por influencias. En la parte económica, la Real Hacienda se dio pronto cuenta de la pesada obligación que se había impuesto y se negó a dar a los betlemitas lo que necesitaban sus hospitales. En el Perú las cosas provocaron sonado pleito, aquí sólo la negativa de la Real Hacienda. En 1705 oficialmente se quitó el gobierno la obligación contraída y sostuvo el Patronato sobre los hospitales betlemitas sólo con carácter honorífico. Con esto se les dio el derecho de poseer bienes y rentas. Aunque esto se hizo efectivo hasta 1721. En 1706 la reina gobernadora sujetó a la visita civil a todos los hospitales betlemitas, para vigilar su buen funcionamiento y servicio a los enfermos.

⁷ Sosa, *op. cit.*, p. 272.

Todavía lucharon más los frailes y fue contra la corona, que no quería que los hermanos se ordenasen sacerdotes. Por fin, gracias al Breve de Benedicto XIII que permitió que clérigos ordenados *in sacris* entrasen en la orden, tuvieron sacerdotes.⁸

El sostenimiento del hospital en un principio fue a base de limosnas, ya que como vimos no podían tener bienes. Su primer benefactor fue el virrey y arzobispo de México fray Payo Enríquez de Rivera, quien no sólo los hizo venir de Guatemala, sino que fue su constante bienhechor. Los hospedó en el hospital del Amor de Dios, a su cargo, y los relacionó con las clases pudientes de México, en primer lugar con el virrey marqués de La Laguna, con el conde de Santiago, con los jesuitas y con los miembros de la aristocrática congregación, como ya vimos. Al inaugurarse el hospital dio fray Payo, que entonces era también virrey, las primeras diez o doce camas. El conde de Santiago y todos los títulos de México lo imitaron. Montado ya el edificio adecuadamente, se inventó un modo de sostenimiento. Cada persona interesada en la obra y poseedora de bienes de fortuna, se comprometía a pagar los gastos del hospital por un día. Encabezó la lista el arzobispo tomando a su cargo el primer día de cada mes que parece costaba 12 pesos. Todavía al retirarse del virreinato y del arzobispado, por la renuncia que hizo de ambos cargos, dejó al hospital 1,000 pesos y su coche para que vendiéndolo se ayudase a los gastos de la iglesia.

El ejemplo del arzobispo fue seguido por su sobrino el marqués de La Laguna y conde de Paredes, que lo sucedió en el virreinato, tomando a su cargo el sostener al hospital los doce primeros días de cada mes. Fue además siempre su decidido protector, lo visitaba con frecuencia para conocer sus necesidades y ayudarlo en cuanto podía. No sólo hizo esto siendo virrey, sino aun cuando ya estaba de regreso en España. A su decidido apoyo se debió la fundación del hospital de Oaxaca, como afirma la propia crónica de los betlemitas.

El ilustrísimo don Francisco Aguiar y Seijas, que sucedió en la silla arzobispal a fray Payo Enríquez de Rivera, ayudó también a este hospital dándole de 80 a 90 pesos mensuales.⁹ A los pobres forasteros que allí se habían restablecido, les daba de 3 a 4 pesos para que regresasen a sus pueblos. En tiempo de epidemia sostuvo seis camas en esta institución y pasada ella conservó cuatro. Para los pobres que acudían a la portería del hospital daba 15 pesos mensuales. Interesóse también en la escuela que los betlemitas tenían allí y la dotó con 4 pesos mensuales para las plumas, tinta y papel que los niños necesitaban. De hecho todos cuantos

⁸ Marroqui, *op. cit.*, t. I, p. 571-572.

⁹ *Ibidem*, t. I, p. 569-572.

enfermos salían del hospital resultaban favorecidos por él, pues no permitía que ninguno saliese sin dinero.¹⁰

El sistema ideado de responsabilizar a los bienhechores en sostener uno o varios días el hospital, dio un magnífico resultado. Los días que no fueron tomados, se cubrieron con la limosna de 10 pesos anuales que muchas personas se comprometieron a dar.¹¹

Así fue como pudieron durante el siglo xvii vivir exclusivamente de la caridad pública.

A partir de 1705, fecha en que el rey desechó oficialmente todo compromiso de sostenerlos, empezaron a poseer bienes y a tener rentas. No tenemos noticias de su monto.

Nunca se caracterizó la orden por su riqueza, así sus hospitales vivían en constante déficit. En 1755 el rey tuvo que concederles la quinta parte de los bienes de intestados, pues el hospital de México estaba en gran penuria. Igual ocurría con el de Guadalajara, al que fue necesario que se le concediese el noveno y medio de la cuarta decimal de aquella Catedral.

El hospital de Nuestra Señora de Belén de México se destinó a convalecientes de todas las clases sociales y por ello se constituyó en un auxiliar de los hospitales ya establecidos. Tenía una sala para indios, a donde iban los enfermos dados de alta en el hospital Real de Indios; otra para negros y mulatos, a donde iban los convalecientes que salían del hospital de Nuestra Señora de los Desamparados; había otra para españoles y otra para sacerdotes que salían de los hospitales de El Amor de Dios, de La Concepción de Nuestra Señora y demás.¹²

El cuidado de los enfermos estaba a cargo de los hermanos en las salas de hombres y de enfermeras en las salas de mujeres, pues los frailes tenían estricta prohibición de curar a éstas. Sólo en caso de grave urgencia podía entrar a esas salas el más anciano y de más perfecta vida, momentáneamente. En forma regular, podía entrar un fraile acompañando al médico en su visita pero saliéndose con él.¹³

Entre los betlemitas hubo médicos y cirujanos, aunque en general, la parte clínica quedó a cargo de un médico, un cirujano, un barbero y un boticario, todos seglares, nombrados por la corona. Primeramente a su arbitrio, más tarde, en el xviii, la corona sólo escogía entre la terna que los frailes le enviaban de cada especialidad.

¹⁰ Sosa, *op. cit.*, p. 210.

¹¹ Vetancourt, *Teatro mexicano, op. cit.*, p. 37-38.

¹² Sosa, *op. cit.*, p. 210.

¹³ Manuscritos de la Biblioteca Nacional, manuscrito 989, "Actas formadas en el capítulo..., 1748".

Sobre los servicios que prestó el hospital hay escasos datos. Sólo para los años 1680-1682 tenemos la noticia de haber convalidado en él veinticinco mil personas.¹⁴ No imaginemos por esto que tal número es el normal en la vida del hospital, pues corresponde solamente a la época del máximo auge, pues no pasó ni siquiera un siglo cuando la orden había entrado en plena relajación, con la consecuente baja de sus servicios hospitalarios.

Los problemas íntimos de la orden betlemita se reflejaban en la vida misma de sus hospitales. Después de muerto el fundador, el venerable José de Vetancourt, se iniciaron las discusiones sobre las reglas, pues el sucesor Rodrigo de la Cruz empezó a transgredirlas y reformarlas, siendo que él mismo había conseguido su aprobación por la Santa Sede. Esto hizo que desde los principios los betlemitas tuvieran un espíritu de lucha, que les fue característico. Así los vemos pleiteando en el Consejo de Indias, contra ciertos virreyes, contra el rey, contra los hipólitos y contra todo aquel que en alguna forma atacara sus derechos y privilegios, o sencillamente no comprendiera su obra. Esto en el primer momento los favorece, pues clamando por cosas justas los hace colocarse en una situación preeminente y los lleva al auge, pero la cosa se vuelve peligrosa cuando los pleitos se hacen internos. Una vez había sido el motivo, la reforma a las constituciones, pero este motivo se repitió muchas veces causando por ejemplo la rebeldía al prefecto general por parte de los conventos de México, Puebla, Oaxaca y La Habana. Luego la causa fue el haberse propuesto la beatificación del fundador. Más tarde el problema surgió por cuestiones de jurisdicción, con los obispos. A esto se respondió entre otras cosas con la amenaza de clausura del hospital de Tlalmanalco, con la refundición del de Oaxaca y con el proyecto de poner el de Veracruz en manos de seglares. La corrupción en la orden se extendió desde mediados del xviii. En 1748 hubo un serio intento por parte de los mismos frailes, de unir a todos bajo el espíritu de caridad de las propias constituciones,¹⁵ pero fracasó.

En 1771 encontramos a toda la orden, en la Nueva España, agotándose en pleitos internos. Los esfuerzos del virrey Bucareli eran inútiles. De nada sirvió que se mandasen oidores a presidir las elecciones y a poner paz. Al reformador y visitador lo amenazaron de muerte, entre ellos se mandaban imprimir pasquines infamatorios. La discordia y las disensiones se enseñoreaban en todos sus hospitales.¹⁶ Los escándalos de los frailes eran notorios, ya era 1801 y las cosas iban de mal en peor.

¹⁴ Sosa, *op. cit.*, p. 221.

¹⁵ *Manuscritos*, Biblioteca Nacional, ms. 989.

¹⁶ *La Administración de D. Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa*, México, 2 v., impreso en los Talleres Gráficos de la Nación, 1936, t. II, p. 292, 298-299, 302.

Se aprehendía a los escandalosos, se les seguía causa, el rey intervenía, el arzobispo y... nada se remediaba en definitiva, a pesar de que también en aquellos momentos había frailes dignos, conscientes de su deber y de su misión. Fue ésta sin duda una de las razones que tuvieron las Cortes Españolas para lanzar su decreto de 1º de octubre de 1820 suprimiendo las órdenes hospitalarias.

Los betlemitas entre tanto habían logrado una amplia expansión en el continente. Tenían varios hospitales en Guatemala; en el Perú ya prestaban servicios en seis en 1679,¹⁷ y en la Nueva España estaban a su cargo otros tantos en las ciudades de México, Puebla, Guanajuato, Oaxaca, Veracruz y Tlalmanalco.

El hospital de la ciudad de México, el de Nuestra Señora de Belén y San Francisco Xavier, quedó suprimido en 1821, el edificio se abandonó. Cuando las monjas del Real Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe abandonaron su edificio, que amenazaba ruina, estuvieron algún tiempo en el antiguo hospital de San Juan de Dios, que se había clausurado como tal, pero al volverse a poner en servicio, las monjas y las colegialas pasaron a ocupar el edificio del hospital de Betlemitas.¹⁸ Allí estuvo el colegio hasta 1822, año en que el gobierno dio parte del edificio a la Compañía Lancasteriana, para sus escuelas, en 1894 la Compañía Lancasteriana lo devolvió al gobierno. Mientras estuvo allí esta institución, la iglesia se convirtió en biblioteca; al desaparecer ésta, se destinó, a bodega del Ministerio de Fomento.¹⁹

HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE Oaxaca, Oax.

A orillas de la ciudad de Oaxaca por la parte norte, existía una ermita dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, que según cuentan, debía su nombre a que en un incendio habido en ella, todo se había quemado, menos el lienzo que ostentaba la pintura.

Difieren los autores en la época del dicho suceso, pues mientras José Antonio Gay²⁰ afirma se verificó en tiempo del ilustrísimo señor Cuevas

¹⁷ *Crónica Mexicana de los Religiosos...*, op. cit., p. 26.

¹⁸ Josefina Muriel, *Conventos de Monjas en la Nueva España*, México, Editorial Santiago, 1946, p. 47.

¹⁹ García Cubas, op. cit., p. 169.

²⁰ José Antonio Gay, *Historia de Oaxaca*, México, Imprenta del Comercio, 1881.

Dávalos (1658-1664), Eutimio Pérez ²¹ afirma que fue en el del ilustrísimo fray Tomás de Monterroso, O.P. (1665-1678).

Sea en una u otra fecha, lo importante para nosotros es que la ermita se había quemado antes de 1678 y que reconstruida ya con una casita adyacente les fue ofrecida a los betlemitas el citado año de 1678, por la sede vacante, pues el obispo Monterroso había muerto el 25 de enero de ese año. La proposición hecha se concretaba a las siguientes condiciones: los frailes recibirían la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe con todos sus altares y alhajas. La casita valuada en 180 pesos y 1,092 pesos para la fundación. Ellos se comprometían en cambio a sostener un hospital para convalecientes, en el que habría una sala especial para sacerdotes de toda la diócesis. Quedaban obligados a conservar un colateral de San Francisco de Paul y a respetar el derecho de entierro en la capilla, a los herederos del capitán Bartolomé Ruiz. Posiblemente éste había sido el fundador de la ermita. Finalmente si los frailes abandonaban el hospital, éste volvería a ser propiedad del obispado, como lo había sido antes.

Deseaba la fundación, además de la sede vacante, el pueblo y la autoridad civil de la ciudad, cuyo cabildo no sólo aprobó la proposición sino que movió los medios a su alcance para conseguirla. Autorizó la solicitud del permiso que se requirió al superior gobierno e hizo demarcar el sitio en que le levantarían iglesia, hospital y escuela el 28 de marzo de 1678.²²

Sin embargo, quien por entonces no aceptó la fundación fue el prelado de la casa de México fray Francisco del Rosario, pues aunque su interés en extender los beneficios de su instituto era grande, no tenía suficiente personal.²³ Recordemos que para esta fecha acababa de fundarse el primer hospital de esta orden en la Nueva España. Los permisos estaban conseguidos, pues el virrey marqués de la Laguna, gran protector como hemos visto, de los betlemitas les dio su decidido apoyo.

Pasó la época de gobierno diocesano del ilustrísimo Nicolás del Puerto (1679-1681) y las cosas seguían igual. Pero ya en 1683 al ser nombrado obispo el doctor Sariñana y Cuenca, volvió a insistir ante el prelado betlemita. Considerando éste que tenía el apoyo franco del obispo, que las instancias de la ciudad seguían, se tenían ya todos los permisos, escrituras y que además su personal era ya suficiente para atender dos hospitales, aceptó.

El nuevo obispo entró en su diócesis el 6 de septiembre de 1685 y poco después que él, o sea el 9 de octubre de 1685, llegaron a Oaxaca los betle-

²¹ Eutimio Pérez, *Recuerdos Históricos del Episcopado Oaxaqueño*, Oaxaca, Imprenta de Lorenzo San Germán, 1888.

²² AGNM, *Hospitales*, t. 34, exp. 1; t. 60, exp. 7.

²³ *Crónica Mexicana de los Religiosos...*, op. cit., cap. XIII, p. 60-63.

mitas. A los pocos días de su llegada se les entregó la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, el sitio para la escuela y hospital de convalecencia, dióseles además la cantidad de 1,092 pesos para fabricar un gran templo²⁴ que sustituiría a la ermita.

Los fundadores fueron originalmente cinco frailes a los que se sumó "el andariego" Carlos de Jesús y otro que llevó por compañero el prelado de México fray Francisco del Rosario, cuando fue a poner en marcha el hospital y que cuando regresó dejó allá. Los nombres de los cinco primeros fundadores son: fray Francisco de la Ascensión, en la categoría de prelado, éste había sido en México maestro de novicios; fray Juan de San Miguel; fray Domingo de Jesús María, fray Francisco de San Antonio y fray Tomás de San Miguel.²⁵

Bienes y servicios hospitalarios

La casa con que contaban era muy pequeña, incómoda e inadecuada para estar sirviendo de hospital, por lo que los hermanos empezaron a promover la limosna pública. Los vecinos habían pedido la fundación y ellos sabiendo su interés acudieron a las personas más connotadas para que los ayudasen. Así consiguieron tener de inmediato asegurada la subsistencia, según se asienta en un informe de 1685. Después, a sus instancias se fundaron capellanías, se colocó dinero a censo y se tuvieron propiedades rústicas y urbanas.

En la segunda mitad del xviii los bienes del hospital, que económicamente estaba en decadencia, eran los siguientes: las dotaciones de particulares hombres y mujeres sumaban 21,342 pesos; la hacienda de ganado menor titulada Santo Domingo de Buenavista valuada en 32,000 pesos, la cual reconocía 4,000 pesos de censo; 11,382 pesos de tasaciones y unas casitas en la ciudad que tenía en alquiler.²⁶ Las capellanías establecidas le servían para pagar gran parte de las ceremonias del culto, como misas, sermones, gastos de sacristía, etcétera. Además y esto es lo interesante para la vida del hospital, con ellas se habían dotado varias camas en la enfermería y sala de convalecientes.²⁷

Para la construcción de un edificio más amplio que el hospital reclamaba con urgencia, los frailes contaron primero con los 1,092 pesos, pero éstos se gastaron sólo en el templo. La limosna constante de los vecinos

²⁴ AGNM, *Hospitales*, t. 71, exp. 8.

²⁵ (Anónima), *Crónica Mexicana Betlemita*.

²⁶ AGNM, *Hospitales*, t. 60, exp. 7.

²⁷ AGNM, *Hospitales*, t. 34, exp. 19.

hizo posible que se iniciaran las obras del hospital. A finales del xvii aquel insigne benefactor de Oaxaca que fue don Manuel Fernández Fiallo les dio 3,000 pesos, con los cuales los betlemitas pudieron concluir su hospital.²⁸

La bonanza económica no duró más de un siglo, a finales del xviii la mala administración de los frailes, fruto de su vida disipada, los llevó a la ruina.

Al fundarse el hospital fue el fin del cuidado de los convalecientes. Se recibían personas de todas las clases y razas, tanto hombres como mujeres.

El número de individuos recibidos anualmente llegó a ser hasta 300 y los niños de su escuela llegaron hasta 200.²⁹ Pero en el xviii empezó a decaer disminuyendo considerablemente el número de convalecientes y escolares. El año de 1787, el prelado del propio hospital de Nuestra Señora de Guadalupe nos dice que su hospital ha venido a menos y que en la escuela ya no asisten ni cien niños. Los servicios médicos que el hospital prestaba no los conocemos con exactitud. En realidad no necesitaban médico ni cirujano, pues sólo albergaban convalecientes y por ello sus funciones eran propiamente las de una hospedería de pobres atendida por los frailes. En el informe que el obispo Ortigosa da al virrey Bucareli,³⁰ al proponer el personal necesario para la perfecta marcha del hospital, cita como persona dedicada a la medicina únicamente a un partero, pues pese a lo dispuesto por la citada bula de Inocencio XI que al aprobarlos como orden religiosa y aceptar el voto solemne de hospitalidad, los obligaba a recibir enfermos, en el hospital de Nuestra Señora de Guadalupe de Oaxaca, jamás los admitieron.

Si al fundarse el hospital y en los momentos de máximo auge el número de frailes era entre cinco y siete y las salas del hospital estaban llenas de pobres convalecientes, en la segunda mitad del xviii sucedía lo contrario, el hospital estaba lleno de frailes, un promedio de doce a trece y todavía el visitador de los betlemitas decía que se necesitaban dieciséis, mientras el número de convalecientes era de tres a cuatro diarios.

Esta situación indignaba al obispo Gregorio de Ortigosa quien decía que si en hospitales como el Real de San Cosme y San Damián, en donde había enfermos, a los que había que curar y atender en todo pues estaban imposibilitados para valerse por sí mismos aun en los actos más sencillos, era factible que treinta, cuarenta y hasta sesenta enfermos estuvieran bien atendidos tanto en lo espiritual como en lo temporal, por sólo

²⁸ Gay, *Historia de Oaxaca*.

²⁹ AGNM, *Hospitales*, t. 71, exp. 8.

³⁰ Velasco Ceballos, *Visita y reforma...*, op. cit., t. II, p. 255-270.

dos capellanes, dos enfermeros, una enfermera, una cocinera y una ayudante, no era posible que los betlemitas necesitaran dieciséis personas para tres o cuatro convalecientes.

Pasando a la cuestión económica, decía el obispo al virrey Bucareli: los betlemitas afirman que sostener a un convaleciente cuesta anualmente 120 pesos; calculando que el promedio fuese de seis convalecientes diarios, al año serían 720 pesos y sin embargo el visitador asignaba para los religiosos y convalecientes 6,000 pesos anuales que venían a ser 5,280 para los religiosos, o sea a cada uno de los doce frailes 440 pesos anuales. Había veces en que los frailes disminuían en número por andar muchos fuera recabando limosnas, entonces lo que a cada fraile tocaba llegaba a ser hasta el doble y sin embargo... los frailes habían contraído una deuda de 3,000 pesos porque no les alcanzaban sus entradas. ¿Cuál era la razón de todo esto? El obispo con una clara visión de las cosas, afirmaba que la falta de espíritu hospitalario. Lo que importaba era la orden, no el bien de los pobres. Aquel concepto heroico de la caridad que en forma tan maravillosa se vive en el xvi era ya una utopía. La grandeza de la orden, el aumento en el número de sus individuos, el bienestar de los que a ella pertenecían, esto es lo que importaba. Ya no salían los frailes con sus camillas a buscar a los convalecientes, como lo prescribían las reglas, para que en eso, el cuidado de los enfermos, encontrasen propia santificación. Los frailes salían de su convento no por horas, sino por días, semanas y aun meses sólo para recaudar limosnas y esto los había llevado a los peores excesos, pues por ellos los indios sufrían vejaciones y malos ejemplos.

Los prelados generales de la orden castigaban a los frailes relajados pero eran incapaces ya de infundir aquel espíritu de caridad, alma de todas las órdenes hospitalarias.

El obispo Ortigosa le dice a Bucareli que tal convento "no sólo es ocioso e inútil, sino perjudicial, gravoso y dañoso al público" y para evitar sus males y sacar bienes de él, propone lo que ya mencionamos en el tomo 1 al hablar del hospital Real de San Cosme y San Damián de Oaxaca, esto es, que el de San Juan de Dios que se hallaba en situación semejante, y se uniera éste al Real de San Cosme y San Damián que era el único que en realidad funcionaba como hospital; que los caudales de los tres formarían un fondo común; que se utilizara como edificio del hospital el de Nuestra Señora de Guadalupe, rehaciéndolo, pues por estar en las afueras de la ciudad beneficiaban higiénicamente a la población.

Los religiosos tanto betlemitas como juaninos, serían suprimidos y el nuevo hospital sería administrado por laicos tal y como estaba el Real de San Cosme y San Damián.

Al obispo le interesaba la escuela de los betlemitas que aunque venida a menos en estas épocas, cumplía una función social, pues según dice su informe: de las enseñanzas de niños fuera de ésta “absolutamente carece esta ciudad”, pues hay “falta de escuelas y maestros hábiles”.

Para sustituir a los betlemitas en su mediocre escuela, él propuso que con bienes del hospital se pagase a tres o cuatro maestros hábiles, que en diversos puntos de la ciudad estableciesen escuelas en donde los niños de recursos pagasen su enseñanza y los pobres la recibiesen gratis.

El magnífico plan que el obispo Ortigosa presentó al virrey Bucareli no se realizó y el hospital de betlemitas continuó de mal en peor. Años después en 1792 el obispo volvía a hablar del hospital: los bienes, unos se habían perdido, otros estaban embargados por litigio y la institución estaba en total miseria. Pedía que se le restituyeran sus bienes o se suprimiera la institución.³¹

Al efectuarse la independencia su vida había ya terminado, los frailes habían sido suprimidos. En 1862 el gobierno federal reformó el edificio dedicándolo a hospital civil, en 1864 se pasó éste al ex-convento de los franciscanos abandonándose el viejo edificio; en 1867 se hizo leprosoario y centro de reclusión de mendigos. Más tarde se abandonó nuevamente. En tal estado lo reclamó en 1888 el ilustrísimo señor Gillow quien lo reedificó haciéndolo seminario. Después se le quitó al clero y se hizo hospital militar.³² Actualmente se ha reparado todo el edificio en el que funciona una escuela primaria.

HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE BELEM Puebla, Pue.

Seguía aún el prelado de la casa de México, cabeza de la orden betlemítica en la Nueva España, fray Francisco del Rosario, cuando empezó a tratarse la fundación de otro hospital en la ciudad de Puebla de los Ángeles. Tenía fray Francisco ese interés y esa actividad característica de los prelados de las órdenes nacientes, no delegaba en los demás la realización de las obras, sino que él personalmente viajaba de una a otra parte, viendo las necesidades y posibilidades de realizar su misión hospitalaria. En su viaje o viajes a Oaxaca para fundar el hospital de Nuestra Señora de Guadalupe, pasó varias veces por la ciudad de Puebla y posiblemente del contacto que allí tuviera con el ilustrísimo don Manuel Fernández de San-

³¹ AGNM, *Hospitales*, t. 24, exp. 9.

³² Pedro Camacho, *Ensayo de monografía sobre los hospitales del Estado y particularmente sobre el Hospital General de esta ciudad*, Oaxaca de Juárez, Talleres de imprenta y encuadernación del Gobierno del Estado, 1927, p. 6, 27, 51.

ta Cruz o con miembros de la ciudad, empezó a gestarse la idea de que hiciese allí un hospital de convalecientes. Fray Francisco del Rosario se encontró con el apoyo decidido del obispo y el interés del cabildo de la ciudad. Para hacer los trámites de la fundación que eran bien largos, puesto que la corona exigía las órdenes nacientes: no delegaba en los demás la realización de las obras, una serie de requisitos. El fraile y dos hermanos más pasaban días en Puebla y días en la ciudad de México, tratando con la Audiencia el modo de hacer fácil y estable la fundación.³³ El obispo de Puebla dio licencia, acto que efectuó el 27 de abril de 1682. Ese mismo día la ciudad decidió dar el terreno para el hospital. Para ello compró a las monjas del convento de Santa Catarina en 2,000.00 pesos el sitio en donde había estado el obraje de Andrés de la Fuente, y lo donó a los hermanos. El 25 de mayo del mismo año el virrey marqués de La Laguna gran protector como hemos visto, de los betlemitas, dio un decreto, autorizándolos a fundar, de manera provisional, el hospital en las casas que les daba la ciudad de Puebla. Para darles el permiso se acogía a la licencia de fundación de la casa de México, que había dado el rey el 29 de febrero de 1676, entre tanto se procuraba obtener licencia de su Majestad para que la institución tuviera carácter permanente.³⁴ Los frailes, una vez establecidos en Puebla, comenzaron a recabar limosnas y a edificar el hospital, pues lo que la ciudad les dio fue sólo un terreno con algunos cuartos. Para construir el edificio del hospital fue definitiva la ayuda del obispo que les dio considerables limosnas, e hizo que los vecinos más acaudalados lo imitasen.³⁵

Pronto el hospital empezó a prestar servicios, su capilla era en aquel entonces provisional. Diez años más tarde o sea en 1692 se inició la construcción de una gran iglesia, para cubrir los gastos de la edificación, los hermanos se aseguraron consiguiendo quince patronos, cada uno de los cuales dio 1,095.00 pesos o sea que se reunieron según Pitágoras \$16,425.00 pero según Echeverría y Veytia (\$15,330.00. Tal vez alguien no dio todo lo ofrecido.

Los trabajos se hicieron con gran rapidez, tanto que en ocho años, la iglesia estaba concluida, inaugurándose solemnemente en 1700. Esta gran iglesia estaba situada de noroeste a suroeste. En aquella parte se encontraba el altar y en ésta la puerta principal, hacia la calle había una puerta del lado del evangelio y hacia el claustro otra del lado de la epístola. Te-

³³ (Anónima), *Crónica Mexicana de los Betlemitas*.

³⁴ Echeverría y Veytia, *Puebla de los Angeles...*, op. cit., t. II, p. 472-473.

³⁵ Fray Miguel de Torres, *Dechado de Príncipes Eclesiásticos que dibujó con su exemplar, virtuosa y ajustada vida el Illust. y Exc. Señor Dn. Manuel Fernández de Santa Cruz*, Madrid, por Manuel Román, p. 257. (Sin fecha, pero en las aprobaciones 1721).

nía el templo cinco bóvedas y una cúpula con cimborrio y ventanas. En el interior había un retablo dorado que cubría todo el muro, en la parte central de este retablo había un nicho de cristal, dentro del cual se encontraba el misterio del nacimiento de Jesús, todo de talla. En el resto del retablo se hallaban varias pinturas con temas relativos al misterio. A todo lo largo de la iglesia había altares que se hallaban adornados con magníficos retablos. El mejor era el de San Francisco de Paul, en el que había, según dice Echeverría, una bella escultura del Santo. El edificio que formaban hospital y convento era también de magnífica construcción. No conocemos el número de enfermos que atendieran pero sabemos que había regularmente catorce frailes.

La atención que daban a los convalecientes, dice el citado historiador poblano, era buena, pero como no nos dice a qué época se refiere, es de relativo valor su afirmación, pues ya sabemos que varía enormemente de una época a otra.

Las donaciones de particulares y las limosnas recogidas por los frailes, formaron al hospital un cierto capital que producía de 6,000.00 a 7,000.00 pesos anuales, lo cual no era suficiente para los gastos, creándose a consecuencia de ello un déficit que se iba cubriendo a base de nuevas limosnas recaudadas.³⁶

No conocemos la lista de sus propiedades sólo sabemos de una que era la hacienda de Piedras Negras en Tlaxcala. Esta propiedad vino a sus manos antes de 1728, pero el donador o vendedor, marqués de Guardiola, no había tenido muy blancos sus títulos de propiedad. La hacienda había sido de don Hernando Niño de Córdoba quien la había hipotecado al marqués de Guardiola y éste tal vez por adjudicación, por falta de pago de réditos o por otras razones que desconocemos, se quedó con ella: de sus manos pasó a la de los frailes. La hacienda estaba valuada en \$83,220 pesos 7 reales y según parece era la más importante propiedad del hospital. Sin embargo, en 1728 don Phelipe de Estrada y Niño de Córdoba, presentó una demanda pidiendo la nulificación de la escritura de propiedad de los hermanos Betlemitas.³⁷ No sabemos en qué paró el pleito, pero el caso es que la situación económica del hospital en el xix se había vuelto ruinoso.

Los nombres de todos los que tan generosamente ayudaron a edificar el hospital y su iglesia, así como los de aquellos que lo sostuvieron con sus grandes donativos y pequeñas limosnas los desconocemos, la historia nos ha conservado solamente el del arzobispo Fernández de Santa Cruz. Este ilustre obispo no sólo dio grandes limosnas cuando se levantaba el hospi-

³⁶ Echeverría y Veytia, *op. cit.*, t. II, p. 472-476.

³⁷ AGNM, *Hospitales*, t. 51, exp. 3.

tal, sino ya concluido daba una limosna mensual e iba con frecuencia a visitar a los enfermos.

Entre las obras realizadas por los frailes, se encuentra a más de la atención a los convalecientes, una escuela de primeras letras donde se enseñaba la doctrina, la lectura, escritura y los rudimentos de las matemáticas. Se recibía en ella a toda clase de niños, sin cobrarse a nadie por la enseñanza.

EXPANSIÓN DE LA ORDEN BETLEMITA EN LA NUEVA ESPAÑA
EN EL SIGLO XVII

Hospital de Nuestra Señora de Belem y San Francisco Xavier. México, D. F., 1675.

Hospital de Nuestra Señora de Guadalupe. Oaxaca, Oax., 1678.

Hospital de Nuestra Señora de Belem. Puebla, Pue., 1682.

Hospital de Nuestra Señora de Belem. Perote, Veracruz, Ver.